

## LA VISION HISTORICA DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

P O R

CLEMENTINA DIAZ Y DE OVANDO

MUCHOS fueron los temas sobre los cuales el maestro Altamirano reveló las excelencias de su crítica: ya la carencia de la poesía épica en México; ya la poesía lírica; ya la novela en general, o bien, la importancia de la novela histórica, género que en México alcanzó tanta difusión y donde tantos y fervorosos seguidores buenos y malos tuvo, como puede comprobarse en el valioso ensayo de J. Lloyd Read, *The Mexican Historical Novel*.<sup>1</sup>

¿A qué se debe el entusiasmo de nuestros literatos por este género? ¿Por qué lo siguen con tanto ahinco? ¿Por qué se le defiende? ¿Qué piensan acerca de él?

Ignacio M. Altamirano se presenta como teórico de la novela histórica y en la *Revista Literaria*, 1868, responde a estas cuestiones; toma la defensa de la novela histórica y expone sus ideas sobre la historia; juicios todos por demás interesantes puesto que no sólo se proyectarán en sus novelas, muy especialmente en *El Zarco* sino que influyen en los novelistas de la segunda mitad del siglo XIX.

La novela es para Altamirano, el monumento literario del siglo XIX, porque tiene una influencia decisiva en el

---

<sup>1</sup> Instituto de las Españas en los Estados Unidos. New York, 1939.

... progreso intelectual y moral de los pueblos modernos, ella abre hoy campos inmensos a las indagaciones históricas, y es liza en que combaten todos los días las escuelas filosóficas, los partidos políticos, las sectas religiosas; es el apóstol que difunde el amor a lo bello, el entusiasmo por las artes, y aun sustituye ventajosamente a la tribuna para predicar el amor a la patria, a la poesía épica, para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y la poesía satírica para atacar vicios y defender la moral... La novela es la producción literaria que se ve con más gusto por el público y cuya lectura se hace hoy más popular. Pudiera decir que es el género más cultivado en el siglo XIX y el artificio en que los hombres pensadores de nuestra época han logrado hacer descender a las masas doctrinas y opiniones que de otro modo habría sido difícil hacer que aceptasen... La novela es el libro de las masas.<sup>2</sup>

En resumidas cuentas, para Altamirano la novela opera democráticamente como uno de los más eficaces vínculos entre las ideas y sentimientos del tiempo y el lector cuya cultura no va más allá de las obras de ficción; gracias a la forma "agradable y atractiva de la novela" puede allegarse a estos temas de otra manera inaccesibles.

La novela es también un poderoso medio para premiar la virtud, castigar la maldad, exaltar la justicia, prédicas que son obligación de todo novelista que se estime; con mente burguesa pide que la novela tenga ese fondo de virtud y moralidad en bien de los jóvenes que la lean. Este afán moral, que es al parecer una característica de las letras mexicanas, está bien claro en la obra de Fernández de Lizardi, florece espléndido en la poesía popular y en la novela del XIX; pero al subordinar los valores estéticos a los éticos la obra literaria, como es natural, se resiente artísticamente.

Altamirano cree que el novelista es ante todas cosas un educador, papel que tomó demasiado en serio y sostuvo al través de toda su obra; la novela entonces, viene a ser la encargada de "instruir y deleitar" según el viejo ideal de las "retóricas renacentistas y post-renacentistas"; fué un antiguo ideal que reinstauró el romanticismo. La novela histórica, tan en boga es adecuadísima para desempeñar esta labor educativa de las masas:

De esta manera el conocimiento de la historia no será el privilegio de un grupo de hombres favorecidos por la suerte, pues engalanada con los atractivos de la leyenda, se la hace aprender al pueblo que de esta

---

2 Ignacio Manuel Altamirano. *Revista Literaria*, 1868 en Biblioteca de Autores Mexicanos. Vol. XXI, México, 1899, p. 384.

manera saca provechosas lecciones. Sin duda la novela histórica ha hecho un gran servicio y por eso se cultiva hoy en casi todos los países civilizados, su desarrollo en la bellísima forma moderna se debe a Walter Scott, que ha hecho conocer en todo el mundo con sus encantadoras leyendas la historia de su país antes muy ignorada... Sus obras que obtuvieron desde luego una boga inmensa y la siguen teniendo, no sólo produjeron el resultado de difundir el conocimiento de los hechos pasados y la afición a la historia filosófica, sino también el de fundar una escuela que se apresuraron a seguir numerosos escritores de diversos pueblos...<sup>3</sup>

Función de enseñanza que cumple puntualmente la novela histórica, pues “los grandes hechos de la humanidad —afirma el maestro— llegan a nosotros más prontamente en los acentos de la poesía que en las tablas de la historia, tal ha sucedido siempre” y tal sucederá debemos añadir; la literatura afina, recrea la realidad, vigoriza la conciencia histórica, tal recreación poética del pasado proporciona una visión más válida y auténtica que la revelada por los fríos documentos históricos de los eruditos.

El novelista histórico tenía la intención de infundir al pasado nueva vida, henchir de vida interior a sus personajes para hacerlos más reales, “permitiéndoles moverse, hablar, amar, odiar, revivir las pasiones de su tiempo. Su obra consiste en revitalizar los personajes y el medio ambiente”.<sup>4</sup>

Pero al recrear la realidad los novelistas hubieron de tropezarse con uno de los problemas fundamentales del género: el tratamiento de la realidad y de la ficción, problema cuya solución depende del sentido de equilibrio del escritor quien debe tener como base la realidad, pero interpretada artísticamente, transfigurada en cierto modo por él, justamente para darle mayor realce, mayor dramaticidad. Cabe aquí preguntarse hasta qué punto ¿el novelista puede transformar la realidad, para potenciarla y darle un mayor relieve y hacerla más verdadera? como sucede en Balzac, por ejemplo.

Los novelistas románticos no encontraron el equilibrio, discreparon de la historia cuantas veces se les dió la gana, se inclinaron a la fantasía desorbitada y cuando se les acusó de esa inclinación solían contestar “que más creían en la verdad novelesca que en la historia”; los realistas, cuyas

<sup>3</sup> *Op. cit.*, pp. 386-87.

<sup>4</sup> *The Mexican Historical Novel*. Preface, p. ix.

novelas llama Amado Alonso “novelas arqueológicas realistas”,<sup>5</sup> prefirieron en vez de potenciar la realidad someterse incondicionalmente al dato histórico, señuelo que puso el historiador positivista al autor de novelas que en sus terrenos se adentraba.

Secos cronicones eruditos, una historia muerta, cosificada, “imparcial”, con la consigna de no juzgar al pasado, de apegarse a toda costa al testimonio de primera mano, es el mandato que los historiadores hacen al novelista. Y como la novela es fuente de información y de enseñanza le exigen a este tan gustado género ceñirse a la verdad histórica, no pueden permitir que el autor suelte su imaginación, que haga interpretaciones personales y, como nos ha enseñado Edmundo O’Gorman:

... el tipo de comprensión del pasado sujeto a las exigencias de la filosofía positivista dió origen a las monografías sin interpretación. Leopoldo von Ranke convierte el conocimiento de la historia en una verdad semejante a la verdad de las ciencias naturales; esa verdad científica que es aceptada por todos. Y al elevar Ranke la historia a la categoría de ciencia, el pasado ya nada significa como cosa viva para nosotros, se enajena el pasado de la vida personal del historiador y crea un abismo entre el pasado y él (debe decirse siempre nuestro pasado ya que este posesivo nos liga a él). La historia científica abre un abismo enorme entre el pasado y el presente, trata como *cosa* al pasado que al ser cosificado se vuelve susceptible de manipulaciones técnicas. La historia deja de ser conocimiento del hombre, es una cosa que queda, ya no está viva, el interesarse por ese cadáver es hacer historia, pues el historiador no debe comunicar a ese cadáver su propia vida. Y como el pasado no nos afecta podemos ser imparciales.<sup>6</sup>

Si estas “historias científicas” hábilmente aderezadas todavía tienen en nuestros días muchos admiradores que las sigan a pie juntillas ¿cómo iba Altamirano a escapar a su influencia? Por eso, a pesar de que su intuición lo lleva a comprender que hay una verdad más honda y auténtica en la poesía, al estudiar el desarrollo de la novela histórica nos hace saber que las deformaciones de la verdad histórica sólo pueden perdonarse, por ejemplo, en los deliciosos relatos de Herodoto:

Sin duda alguna que Herodoto mezcló a su historia multitud de leyendas increíbles y maravillosas, lo cual le trajo desde la antigüedad

---

5 *Ensayo sobre la Novela Histórica*. Buenos Aires. 1942.

6 *Curso de Historiografía*. Facultad de Filosofía y Letras. México, 1952.



el renombre de *narrador de fábulas*. No nos metamos en inculparle, porque también es cierto que él escribió lo que oyó contar en sus viajes, trasladando a su historia que no era una historia filosófica, aquellas tradiciones legendarias que en todo tiempo han sido el sabroso alimento de la imaginación oriental.

Pero la verdad es que la historia de Gyges, que la de Candaulo, que la de Intapherno y de su mujer, y aquella del arquitecto del tesoro de Rham-sinit, el incesto de Mycerino y las galanterías de la hija de Cheops, que construyó una pirámide con el dinero de sus amantes, o son mitos que los antiguos pueblos se transmitieron revestidos con las romancescas galas de la fantasía, o simples historias que la multitud ignorante había desnaturalizado y cuyo verdadero origen permaneció oscurecido para siempre. Pero ese era el embrión de la novela histórica.<sup>7</sup>

Mas, estas desnaturalizaciones de la verdad que con Herodoto pueden pasar, a medida que la novela histórica progresa son menos acreedoras de dispensa hasta hacerse imperdonables en el "Siglo de la Historia". Walter Scott es valioso —dice Altamirano— porque no desdeña la documentación, porque "ha pintado las costumbres de diversas épocas con una fidelidad sorprendente". Y al defender la novela histórica de contener falsedades, sostiene la necesidad de ser imparcial, de narrar fielmente los hechos, de no perder de vista el documento; como todos los escritores de su época propende al documentismo de la "historia científica":

Algunos opinan que esta manera de escribir la historia la desnaturaliza, y corrompe las fuentes de la verdad. Nosotros respondemos que no hay forma histórica que no ofrezca ese peligro cuando el escritor carece de criterio, o cuando el interés de un partido se apodera de tal recurso para hacer triunfar sus ideas. Dad el buril histórico a un adulador de los césares y tendréis un panegírico vergonzoso. Dadlo a Tácito y tendréis a la verdad majestuosa denunciando las infamias de la tiranía. Leed las páginas de Solís sobre la Conquista de México y veréis fábulas ridículas como las que puso Herodoto en su libro desnaturalizando hechos verdaderos; pero estudiad a Prescott, que ha sabido con sana crítica descartar lo verdadero de lo falso, y tendréis buena historia.

Así pues, la novela no es la que trae en sí este inconveniente, sino la intención o la capacidad del escritor; y aquella novela histórica será más estimable si presenta los hechos con mayor imparcialidad: además que para combatir los errores se ofrece el mismo medio a los autores que deseen defender la verdad contra la impostura... En las novelas de

<sup>7</sup> *Revista Literaria*, p. 376.

costumbres se necesita tan grande dosis de fina observación y de exactitud como para las novelas históricas instrucción y criterio.<sup>8</sup>

Más que estos instrumentos: instrucción y criterio, el poeta al igual que el historiador debe tener intuición, sólo así logra dar sentido histórico a los hechos; es gracias a la intuición, que acerca al historiador, poeta a su modo, al artista, la que salva a veces la producción historiográfica a pesar del desdén con que es vista por el historiador positivista.

De no tener las novelas históricas las cualidades que señala Altamirano no sólo deformarán el ambiente histórico, sino serán verdaderos desatinos. Tal ocurrió en México con los dramas de Fernando Calderón quien siguió servilmente los temas caballerescos de Walter Scott que, según el maestro, “produjeron en nuestro público novelero e insustancial una monomanía caballeresca y enfermiza que tocaba la ridiculez”. Así, apoyados en la imaginación y no en la realidad, los autores de dramas y novelas de temas caballerescos producían los desatinos que a seguidas comenta Altamirano con una acre ironía no exenta de gracia:

¿Qué viene a hacer a México la leyenda caballeresca de Europa? Cada país tiene su poesía especial, y ésta refleja el color local, el lenguaje, las costumbres que le son propios. ¿Cómo traer a México los castillos feudales que se elevan en las rocas y se pierden en las nieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce su historia; cómo vestir a un *caporal* la armadura de acero bruñido, y dar a un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero?

Se me dirá: pero para eso sirve la imaginación que inventa, que adivina. Es cierto, replicaré; pero así salen las invenciones, las adivinaciones. Los caballeros hablan como *payos*, las damas como petimetras de aldea, los torneos son como *herraderos*, y los trovadores cantan las canciones de Murguía. Al través del manto de alquiler del cruzado, se adivina el centurión de Viernes santo, con sus cueros de chivo y manejando la lanza como garrocha. Los castillos son haciendas de pulque o ventas como en *El Quijote*, y la Conquista del Santo Sepulcro es un pronunciamiento por *religión y fueros*, cuyos héroes acaban en los Arbolitos.<sup>9</sup>

La novela mexicana no debe incurrir en tales aberraciones. ¿Por qué maltraer a la respetable historia de otros países, cuando aquí —dice Altamirano— en la historia nacional existen vetas riquísimas?

<sup>8</sup> *Op. cit.*, p. 386.

<sup>9</sup> *Carta a una poetisa*. En Biblioteca de Autores Mexicanos. Vol. xxi, México, 1899, pp. 252-53.

Es una obligación del novelista mexicano explotarla y dar a conocer nuestra historia como lo hicieron Fenimore Cooper y Walter Scott:

Este es un deber patriótico del más alto interés y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con él..., la historia antigua de México es una mina inagotable. Los sabios extranjeros la dirigen miradas llenas de interés, los viajeros ilustres visitan a porfía las grandiosas ruinas de Yucatán, del Palenque y de Puebla con la misma curiosidad con que visitan las de Egipto, de la India y de Pompeya. Las páginas de Gómara, de Ixtlixóchitl y de Clavijero se traducen en todos los idiomas, y dan lugar a profundas indagaciones. Lord Kingsborough sacrificó un inmenso capital a la investigación sobre antigüedades mexicanas, siendo el resultado de ellas una obra bellísima e interesante, muy difícil de conseguirse ahora... El extranjero charlatán desnaturaliza los sucesos del pueblo azteca en ridículas leyendas, que se leen, sin embargo, con avidez en toda Europa. Los tres siglos de dominación española son un manantial de leyendas poéticas y magníficas.<sup>10</sup>

Y otra vez, siguiendo a la historia positivista cuyo método aconseja la prioridad de lo coetáneo sobre lo pasado, de tomar en cuenta nada más al testigo de primera mano, quiere que el novelista se inspire en los acontecimientos inmediatos: las guerras de Independencia y de Intervención. Grandes elogios dedica a los primeros novelistas Juan A. Mateos por *El Cerro de las Campanas* y Vicente Riva Palacio por *Calvario y Tabor* narradores de los hechos coetáneos.

Altamirano afirma:

Nuestras guerras de Independencia son fecundas en grandes hechos y terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas en episodios y notables por sus resultados. Las guerras civiles que han sacado a luz a tantos monstruos, que han producido tantas acciones ilustres y tantos crímenes, no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda.

Nuestra era republicana se presenta a los ojos del observador interesantísima con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupción, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus engaños y esperanzas.

¿Y el último Imperio? ¡El vástago de una familia de césares, apoyado por los primeros ejércitos del mundo, esclavizando a este pueblo! ¡Este pueblo mísero y despreciado, levantándose poderoso y enérgico sin auxilio, sin dirección y sin elementos, despedazando el trono para le-

<sup>10</sup> *Revista literaria*, p. 363.

vantar con sus restos un cadalso, al que hace subir al príncipe, víctima de su ceguedad! ¡Aquella cabeza sagrada en Europa rodando al pie de la democracia americana, implacable con los reyes!

Y luego aquel sitio de Querétaro tan grandioso y tan sangriento, aquellos sitiados tan valientes, aquellos sitiadores tan esforzados, aquel monarca tan bravo y tan digno como guerrero, así como fué tan ciego como político; aquella tragedia del *Cerro de las Campanas*; todo eso irá tomando a nuestra vista formas colosales a medida que se aleje: ¿qué asunto mejor para el historiador, para el novelista y para el poeta épico?...

Nuestra última guerra ha hecho atraer sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer a este pueblo singular que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor, ni su fé. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje: Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: —*Así somos en México*.<sup>11</sup>

Altamirano lleno de orgullo hace el loor de México, revela que Europa tiene interés por conocer la realidad de América, que nosotros, pueblo desdeñado, pero no desdeñable, somos objeto de su atención y que podemos equipararnos a ella:

Hay en nuestra patria talentos que pueden rivalizar con los que brillan en el Viejo Mundo. Es la ocasión, pues, de hacer de la bella literatura un arma de defensa. Hay campo, hay riquezas, hay tiempo, es preciso que haya voluntad.<sup>12</sup>

Esta defensa de América, de México, hecha por Altamirano es una añeja preocupación que arranca desde el siglo xvi; pues como nos ha explicado Edmundo O'Gorman en la Introducción de su extraordinario libro *La Idea del Descubrimiento de América*, esta:

...ha sido una entidad histórica que por la forma como fue admitida en la cultura de Occidente ha tenido una especie de ser menos-cabado, inferior con el ser de Europa; desde la Independencia los americanos han sentido, por decirlo así, oscuramente esa inferioridad, sin haberla llegado a razonar, y justamente el anhelo y empeño de ser

11 *Op. cit.* pp. 364 y 368.

12 *Op. cit.*, p. 368.

conocidos tiene por fondo curar ese menoscabo ontológico. Es un deseo de decirle a Europa tenemos como tú tanto ser histórico.<sup>13</sup>

Las anteriores ideas de Altamirano expresan bien claramente, una nueva actitud, una voluntad de ser, de ser ante todo *sí mismos*, que es la posición auténtica en la vida y en el arte.

Debemos crear —insiste Altamirano— una literatura absolutamente nuestra, nacional como todos los pueblos la tienen; para ello hay que: dejar de imitar como hasta ahora los modelos franceses, ingleses y españoles; romper en definitiva el apego a “esa monstruosa mezcla de escuelas francesas y españolas que hemos aprendido”; nutrirnos, eso sí, en los clásicos griegos y romanos; estudiar las literaturas extranjeras cuyos grandes exponentes Honorato Balzac, Dumas, Fenimore Cooper, Hugo, Dickens, son imprescindibles para el novelista, quien debe tomar los mejores recursos de su técnica y aplicarla a nuestras letras, pero no fundar nuestro orgullo en la imitación servil de los monumentos literarios de las naciones europeas. Y de esta manera, libre de imitaciones perjudiciales:

... la novela nacional, la novela mexicana nacerá con su color americano propio, interesante, maravillosa. La poesía y la novela mexicanas deben ser vírgenes, vigorosas, originales, como son nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación.<sup>14</sup>

Altamirano con su certera intuición vió que no sólo en la historia nacional debían abreviar los novelistas, sino también en el paisaje, en los tipos populares, que proporcionaban un campo vastísimo de inspiración apenas tocado, descuidado por los escritores mexicanos que tenían un ejemplo a seguir en los literatos sudamericanos.

Preconiza una literatura de carácter esencialmente mexicano, para que la expresión artística tuviese una rotunda autenticidad, si bien antes Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, José Tomás Cuéllar, Manuel Payno, habían introducido la nota mexicana en sus obras, es Altamirano quien eleva la realidad mexicana a categoría artística y esta actitud innovadora en la literatura mexicana va a realizarla en *Clemencia*, pero principalmente en *El Zarco*. Aquí todo acusará un franco y sincero mexicanismo: el ambiente, los personajes, el verismo del relato, el len-

13 Imprenta Universitaria, México, 1951. Introducción.

14 *Revista Literaria*, p. 365.

guaje pulido, que cuando es necesario se salpimenta de mexicanismos, las costumbres, y el paisaje nada tiene que ver ya con el fondo neoclásico o con el siempre exagerado paisaje romántico, sino que es nuestro paisaje con sus matices y olores propios, visto con honradez y genuinamente.

Altamirano no usará la técnica de la novela romántica, que tenía el inconveniente de plantear el conflicto entre la invención y la información, sino usará la técnica de la novela realista que trata los temas en función de lo visto, de lo atestiguado, pues con Altamirano, dice el viejecito Urbina: "...los ojos se expresaron de nuevo en el mundo real y dió principio la noble tendencia de sentir con sinceridad y de expresar la verdad." Y la verdad es aquí, esa necesidad de ser *sí mismo*.

La función social que tanto había preocupado a Altamirano hasta insistir demasiado en ella, la resuelve en *El Zarco*, al interesarse por el lector popular, no obstante su innegable calidad literaria, puede leerla cualquier hijo de vecino, pues el mensaje que Altamirano se propone hacernos llegar debe ser transparente para que pueda ser captado por el lector indocto.

\*

Las principales teorías de Altamirano acerca de la historia, de la novela en general y particularmente de tema tan interesante y tan actual como es la novela histórica, podrían resumirse de la siguiente manera:

Altamirano está dentro del ambiente positivista-cientificista de su tiempo, de aquí su énfasis en la imparcialidad, esta imparcialidad es, desde luego, *su imparcialidad*; ha llegado a ella, al igual que los historiadores del positivismo, para hacerla un alegato incontrovertible, irrefutable, un instrumento que se descarga en los opositores. Altamirano usará este instrumento para lanzarlo contra esa otra corriente hispanizante que es también, a su manera, imparcial.

Su deseo es injertar a la historia el aliento poético para que puedan llegar al pueblo los temas que necesita; y como siente la historia patria amenazada, considera imprescindible la necesidad de reforzarla haciendo del dominio público los grandes temas de la Independencia, de la Intervención, guerras en las que México había luchado por afirmarse, por adquirir conciencia de sí mismo.

Apunta cuatro grandes temas de la historia mexicana: el primero es acercarse al pasado indígena para rescatarlo de las deformaciones europeas de que ha sido objeto, y de las españolas en especial. Alta-

mirano tiene conciencia de que México representa una tradición valiosa, patente en el grandioso pasado indígena.

El tema colonial es el segundo; opina que en su doctrina no es negativo; pero como su intención es afirmarnos como mexicanos a base de otros aspectos, disminuye, al menos, la importancia de la tradición española.

La Independencia da la tónica o la intencionalidad de la cumbre histórica de México, como país moderno y progresista, y este es su tercer tema. La intervención francesa es el cuarto tema, el que corresponde a su tiempo y como actor que fué en él, la ve un poco como la culminación de nuestra historia.

Su dialéctica es elevar a México a la altura de Europa, estar en igualdad, sin embargo, no quiere ser como España. El modelo de su historia es europeo pero tamizado al través de los grandes temas que implican el rechazo a lo español.

Altamirano está dentro de esa doble corriente histórica, aún actuante: el hombre hispanoamericano, el mexicano, se siente atraído por el pasado indígena y a la vez rechaza la instancia hispánica que le es consustancial, esto lo lleva a desgarrarse espiritualmente. Tal rechazo de la instancia española se basa en la intención de Altamirano, que quiere fortalecer nuestra mexicanidad apoyado en el pasado indígena.

La réplica contra Europa es con el objeto de demostrar que se es igual a ella: si Europa es la historia, México es también la historia en el mismo plano de valor; hablar de tú a Europa es la meta; excita por ello a los novelistas a que traten los temas de nuestro pasado, como los europeos trataron los suyos, ya que ha cobrado conciencia de que México tiene un pasado de gran valor que el europeo puede utilizar, como nosotros hemos utilizado el suyo; este nuestro pasado hay que rescatarlo para fortalecer a la patria que se está constituyendo.

A la Intervención que es una agresión de Europa, la siente como un mal, pero no hay odio en su actitud, pues aquélla ha servido para decirle a Europa que no somos lo que ella ha creído, la prueba es que la hemos derrotado. Tenemos también nuestro pasado tradicional tan valioso como el suyo; tan digno de estudio como el de los pueblos de Europa; el ejemplo mexicano es paradigma de historia, los europeos deben estudiarlo por ello. Es decir, somos iguales a Europa en categoría histórica y en consecuencia hay que enseñarle lo que es México

y enmendarle la plana. Altamirano proclamaba ante Europa la mayoría de edad del pueblo mexicano, su madurez.

\*

Dice el refrán: "El buen juez por su casa empieza", así Altamirano como "buen juez" puso en práctica su alegato romántico de la historia local que una y otra vez aconsejara a los literatos; escribe primeramente *Clemencia*, 1869, cuya acción se desenvuelve en 1863, en los alrededores de Guadalajara. El cuento es un desgraciado conflicto amoroso, todavía muy romántico y con su moraleja hartó sencilla, eso sí intencionadísima.

La historia está en función de hacer resaltar al héroe y al antihéroe. El héroe es el mestizo, el mexicano: su color moreno y su falta de atractivos se compensan con sus buenas maneras, su diligencia; carece de fanfarronería y es ante todo leal; el antihéroe es guapo, rubio, es decir, criollo, demasiado atractivo para las mujeres, talentoso, culto, pero... cobarde y traidor.

Este juego caracterológico bien simple está hecho con el objeto de exaltar la personalidad del mestizo, de este "verdadero mexicano" que para Altamirano es el mestizo, en contra del criollo.

En 1888 concluye *El Zarco*, obra que se publica en 1901, ocho años después de su muerte. La versión que conocemos no está apegada rigurosamente al original, porque el editor suprimió en la obra las expresiones que a su juicio no se llevaban con la idea que él tenía de lo español. Esta supresión nos revela que Altamirano seguía fiel a su idea de disminuir la instancia española.

*El Zarco*, obra de madurez, tiene mejores recursos de lenguaje, mayor dramática que *Clemencia*, la narración es flúida; la novela histórica está escrita en función directa de la vida cotidiana; cierto es que toma el modelo de la novela europea, que después de todo es muy útil, pero los héroes serán mexicanos. Lloyd Read asegura que las novelas históricas mexicanas de los temas de la Intervención "pueden llamarse propiamente de historia contemporánea, muchos de sus autores seguían el patrón de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós y de varios romances históricos de Erckmann-Chatrrian".<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Lloyd Read estudia a *Clemencia* como novela histórica, en cambio *El Zarco* no le merece ninguna mención; a mi parecer *El Zarco* con su ambiente y personajes históricos cae más dentro de la catalogación de novela histórica que *Clemencia*.



En *El Zarco* la historia está hecha como la de Benito Pérez Galdós:

que recurre, como buen realista, a la historia inmediata, con un aliento de vida actual de problemas candentes, ya por ser más asequible al público a que se dirige, ya por ser la más acomodada a su sentido de actualidad, de sentimiento de los problemas planteados en su siglo español.<sup>16</sup>

*El Zarco*, síntesis histórica, sentidas hondamente, alude a las preocupaciones, a las ideas de su época, que trocadas en sangrientas luchas llevan a los mejores hombres, a los de acertada visión, a empeñarse en triunfar para legarnos un clima de tolerancia, para que a nadie se le imponga una marca espiritual que no sienta, y cuyo triunfo provocó la traición de los conservadores: la Intervención francesa.

Estas luchas que vivió Altamirano ¿cómo no habían de ser la base de su expresión? pues él defendió no sólo con la pluma o la palabra ardiente, apasionada, sino con las armas el pensamiento de la Reforma, la libertad de conciencia, y cuando pasado el tiempo se decidió a escribir *El Zarco*, tomó como base histórica la época que va de 1861 a 1863, época aciaga, bien calificada así por Justo Sierra:

Pues la guerra civil no había concluído; los caudillos reaccionarios estaban en el país; de los sesenta o setenta hombres armados que señoreaban de un extremo a otro del país, campos, caminos y poblaciones, el grupo que había servido al triunfo era excesivo para los recursos del gobierno y, o se le licenciaba o se le dejaba en manos de los gobiernos de los Estados que se servirían de sus contingentes para imponer la ley a la Federación, como siempre había ocurrido; las numerosas partidas sueltas seguirían amenazando en todas partes la propiedad y la seguridad, o engrosarían las filas reaccionarias como sucedió inmediatamente.<sup>17</sup>

Estas mismas condiciones por las que atravesaba el país propiciaban, como ya se ha dicho, las guerrillas y lo que es peor el bandidaje, pues muchas de estas partidas que no se incorporaban a las fuerzas reaccionarias se constituían en cuerpos de bandidos que sin bandera, sin plan político y al grito de "¡Viva el hacha y santo filo!", robaban, plagiaban, incendiaban y mataban, sin que el gobierno de Juárez pudiera impe-

16 Angel Valbuena y Pratt. *Historia de la Literatura Española*, t. II, p. 722.

17 *Obras completas* del Maestro Justo Sierra. Evolución Política del Pueblo Mexicano. Imp. Universitaria. México, 1948, t. XII, p. 309.

dirlo, ocupado como estaba en liquidar la guerra civil y en defender a la patria de la invasión extranjera.

Entre estos bandidos sobresalieron los que asolaron el hoy Estado de Morelos conocidos con el nombre de *plateados*, por los muchos adornos de plata que ostentaban en sus trajes, y cuyas atrocidades nos describe Altamirano.

Tales son las circunstancias históricas que sirven de marco al desarrollo de *El Zarco*; en esta novela Altamirano vuelve a recurrir al juego caracterológico utilizado en *Clemencia*. Ahora nos presenta dos héroes: el indio Nicolás y el mestizo Martín Sánchez Chagollán que se enfrentan y vencen, claro está, al antihéroe, un bandido, el Zarco, que es criollo.

Los héroes una vez más son los verdaderos y auténticos mexicanos, poseen las cualidades más estimadas entre nosotros. Su aspecto físico no es agradable al decir de una de las protagonistas, Manuela, que luce una tez blanca y que sólo concibe la guapeza criolla, "indio horrible" llama a Nicolás. Y sin embargo, este indio negativamente calificado tiene su propia belleza, esa belleza que los pintores de nuestros días se han complacido en revelar, libre por fin de los tradicionales moldes clásicos; Nicolás es atractivo, cabal, con cualidades sobresalientes:

Era un joven trigueño, con el tipo de indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionadas, y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor. Los ojos negros y dulces, su nariz aguileña, su boca grande, provista de una dentadura blanca y brillante, sus labios gruesos que sombreaba apenas una barba naciente y escasa daban a su aspecto algo de melancólico, pero de fuerte y de varonil al mismo tiempo. Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto embellecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer.<sup>18</sup>

Martín Sánchez Chagollán, el mestizo, está también dibujado cuidadosamente: estoico, incapaz de un aspaviento ni en las más graves circunstancias; valeroso, decidido, patriota era "la indignación social hecha hombre".

---

<sup>18</sup> *El Zarco*. Barcelona. Tip. de Salvat e Hijo. Edit. de J. Ballezá y Cía. Sucesor, 1901, p. 44. Dibujos de D. Antonio Utrillo. Grabados de D. J. Thomas.

El Zarco en oposición al indio y al mestizo tiene la belleza admirada y comprendida del tipo europeo, arrogante figura, pero es malvado y cruel:

Su color blanco impuro, sus ojos de ese color azul claro que el vulgo llama *zarco*, sus cabellos de un rubio pálido y su cuerpo esbelto y vigoroso, le daban una apariencia ventajosa; pero su ceño adusto, su lenguaje agresivo y brutal, su risa aguda y forzada, tal vez le había hecho poco simpático a las mujeres.<sup>19</sup>

El Zarco es además grosero, sensual, jugador, no siente amor ni gratitud por nada ni por nadie y lo que es peor junta a estos defectos, la cobardía, sus compañeros lo motejan de “lambrijo y gallina”.

También las mujeres que figuran en la novela están contrastadas, la Manuela es una criolla de cutis pálido, muy pagada de su blancura y de sus ojos “que tanto alababan los tenderos de Yautepec”; es soberbia, de carácter arrebatado y burlón. La horroriza pensar que pudiera casarse con el indio Nicolás que es un honrado herrero; en cambio huye con el bandido porque además de ser guapo le regala alhajas; tanto ella como él son igualmente miserables, y así le va en su aventura, como en feria, y cuando su desgracia no tiene remedio suspira por el indio.

La mestiza Pilar, aunque con un nombre tan castizo, es morena, de pelo negrísimo, de ojos grandes, de sonrisa triste, melancólica, tímida, leal, agradecida, sumisa, sabe valorar las cualidades del indio y termina casándose con él con los mejores augurios de felicidad.

La trama no tiene complicaciones: el bueno, el justo, vence al “villano” como en cualquiera película norteamericana realizada en “glorioso technicolor”; si a esto se redujera la novela de Altamirano y a los tintes sombríos, dramáticos, que usa para describir al bandidaje, carecería de mayor interés; pero este contraste al parecer tan exagerado de los personajes —y digo al parecer, porque los documentos de la época nos los pintan de la misma manera— ya que no concede al bandido ni siquiera la cualidad heroica del valor que salva a los bandidos de todos los tiempos y que los hace con todo y sus desmanes figuras de las sagas, lleva, so capa de moralidad, una afectiva intención: exaltar al indio y al mestizo, poner de relieve su valor humano, su respeto por las instituciones, su patriotismo. Y esto estaba a la vista: un indio, Juárez, había llegado a la cumbre política, la ley era su única arma y defensa, con la cual,

---

19 *Op. cit.*, p. 83.

estoico e impávido, resistió la Intervención; y otro indio, él, Ignacio Manuel Altamirano encauzaba la cultura de México.

Indios y mestizos son en *El Zarco* los fuertes, los valerosos y justicieros, los salvadores del país:

Al ver a aquellos dos hombres, pequeños de estatura, el uno frente al otro; el uno de frac negro, como acostumbraba entonces Juárez, el otro de chaquetón también negro; el uno moreno y con el tipo de indio puro, y el otro amarillento con el tipo del mestizo y del campesino; los dos serios, los dos graves, cualquiera que hubiera leído un poco en lo futuro se habría estremecido. Era la ley de la salud pública armando la honradez con el rayo de la muerte.<sup>20</sup>

\*

Altamirano ha hecho en *El Zarco*, en su afán de fortalecer la mexicanidad, un alegato en favor del indio y del mestizo, alegato apasionado de su raza, de su propio corazón. Pero para que esta *su imparcialidad* parezca irrefutable, tiene que ser apuntalada firmemente, y ese puntal es la "historia científica"; utiliza entonces los hechos de manera que puedan corroborarse, que den a su relato una mayor autenticidad. Empezar por describirnos pormenorizadamente el sitio de la acción, Yau-tepec, y por esta descripción conocemos su riqueza: los naranjos y los limoneros, la belleza del paisaje, su sociedad y el terror que Yau-tepec sufre a causa de los *plateados*; da la fecha, agosto de 1861, en que principia la acción. Hace referencia a la campaña del general Márquez y concreta el carácter histórico de los *plateados*; alude al general Jesús González Ortega y a sus relaciones tácticas con los bandidos; proporciona datos generales pero precisos del estado de guerra e inseguridad del país; hace claras referencias a los bandidos y a la guerra de Reforma; "a las tremendas persecuciones y matanzas llevadas al cabo contra los bandidos de otras épocas por las fuerzas organizadas por el gobierno de México, por el enérgico y célebre Oliveros". También proporciona datos sobre las campañas de Márquez, de Zuloaga, de Mejía y de otros caudillos conservadores, así como de la Intervención francesa y de la guerra contra el Imperio. Describe Xochimancas histórica y eruditamente citando fuentes documentales. También se refiere a Juárez, a su posición política, a sus intenciones. Hace mención completa y explícita del ca-

---

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 272.



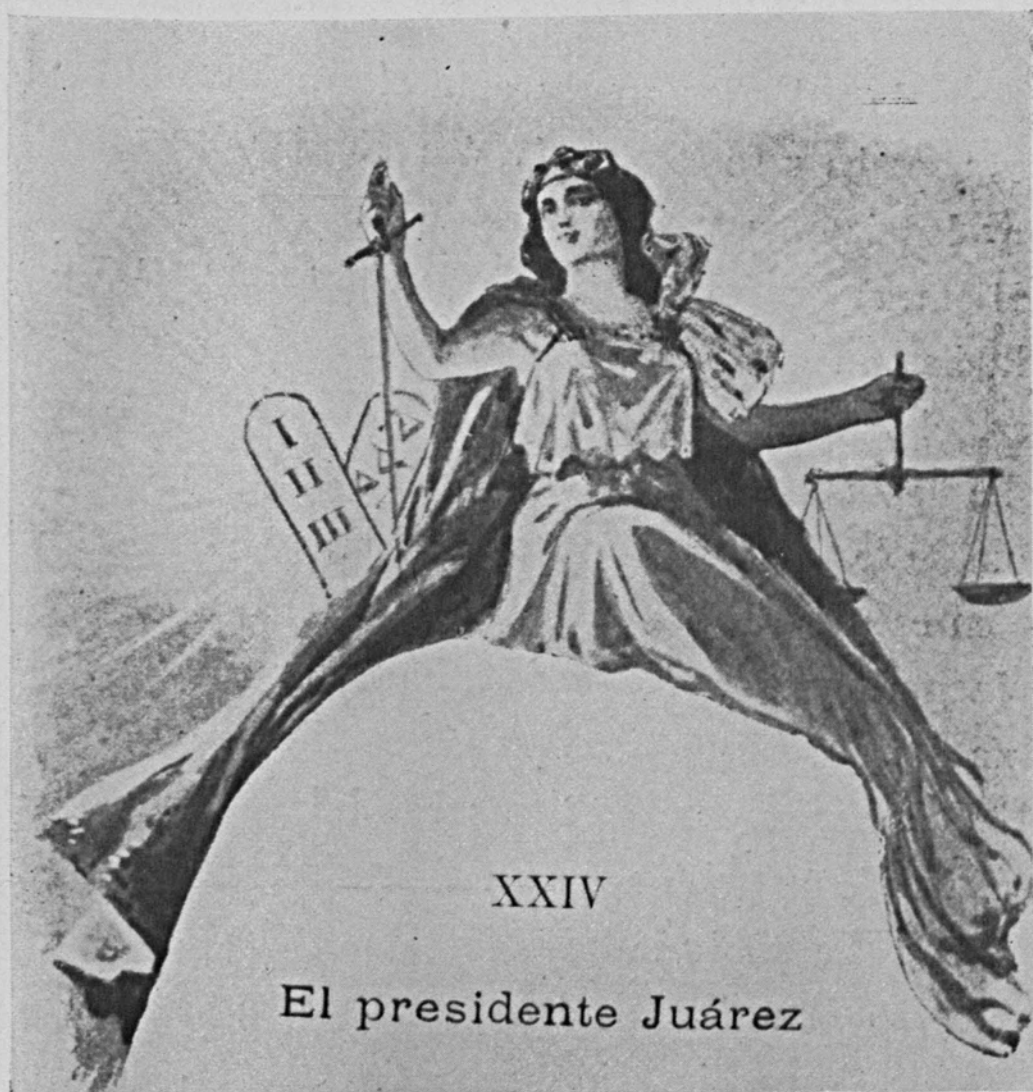
D. Ignacio Manuel Altamirano

1. Retrato de Altamirano.

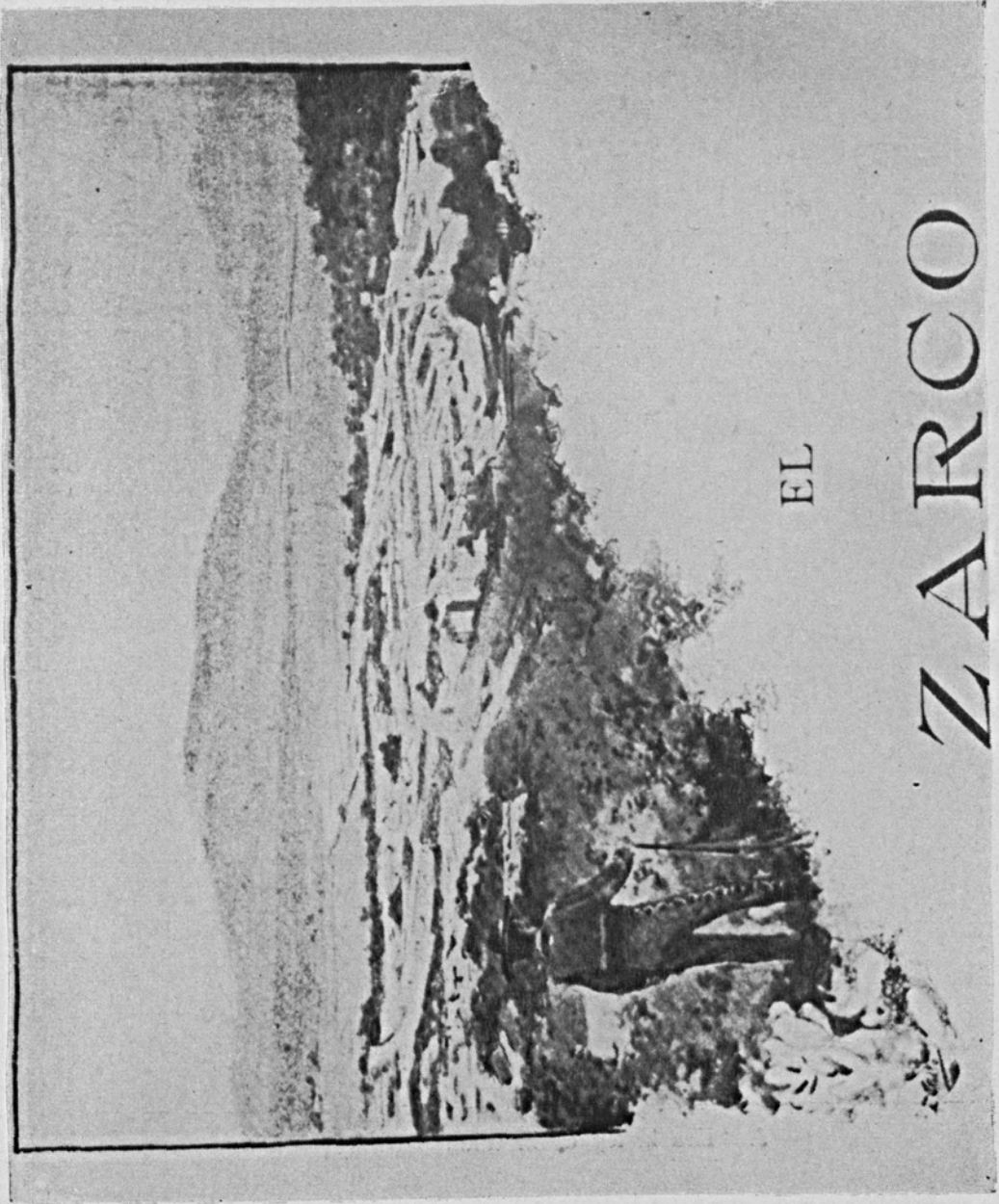


2. Portada de *El Zarco*. 1901.



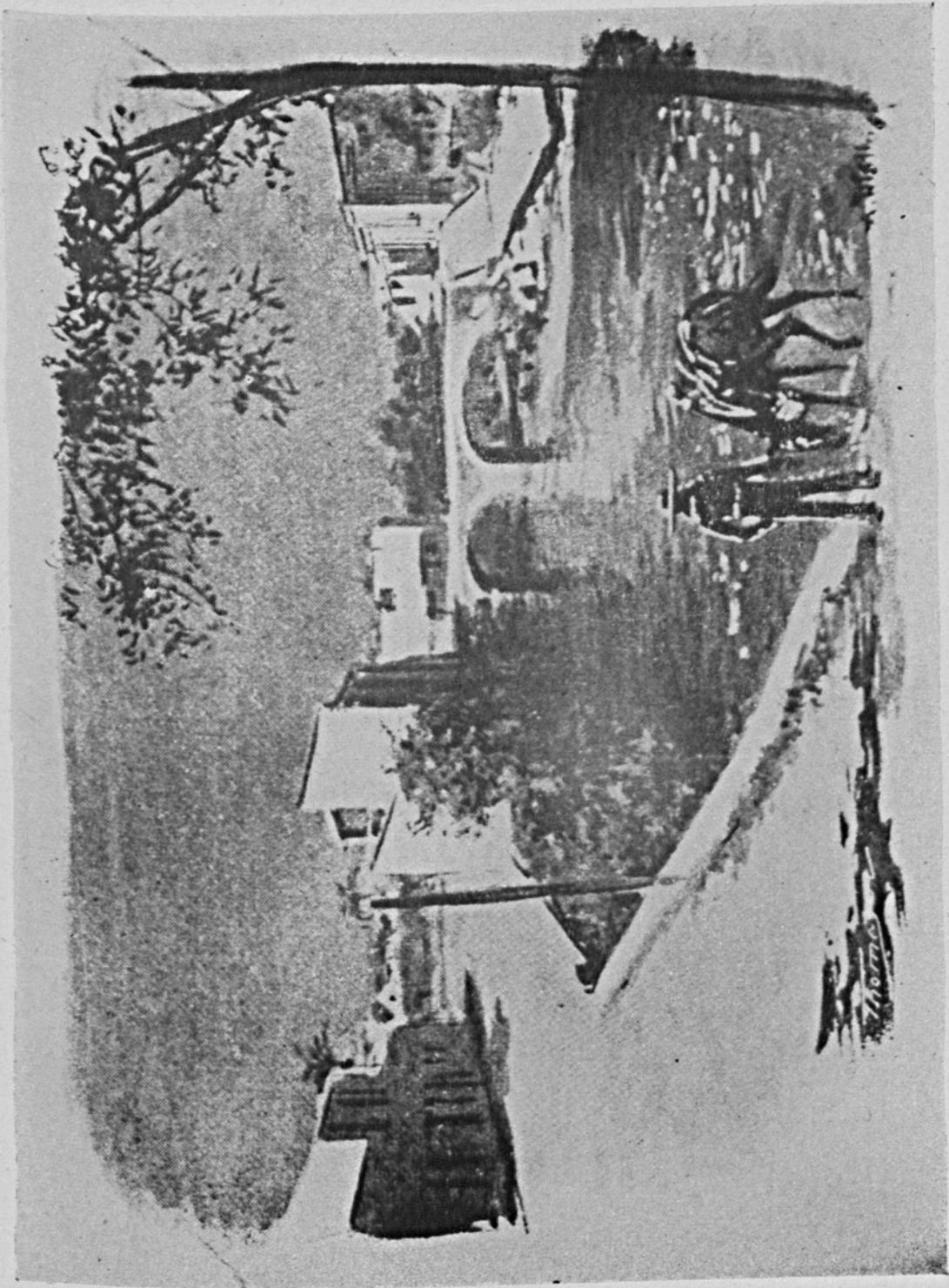


3. "Era la ley de la salud pública..."



4. Yautepec, "El caserío se esconde en un bosque de verdura".

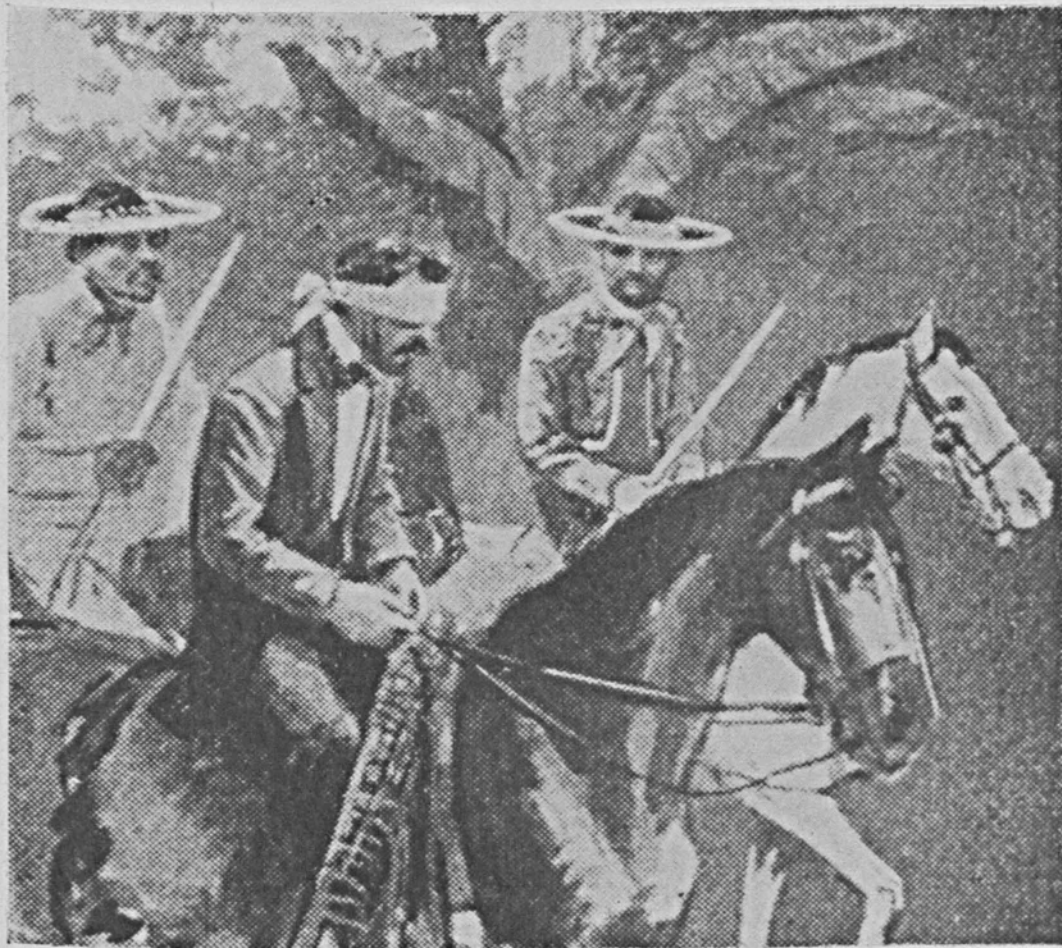




5. Yauteppec. "El río y los árboles frutales son su tesoro".



6. El Zarco. "Un gallardo jinete montado en brioso alazán".

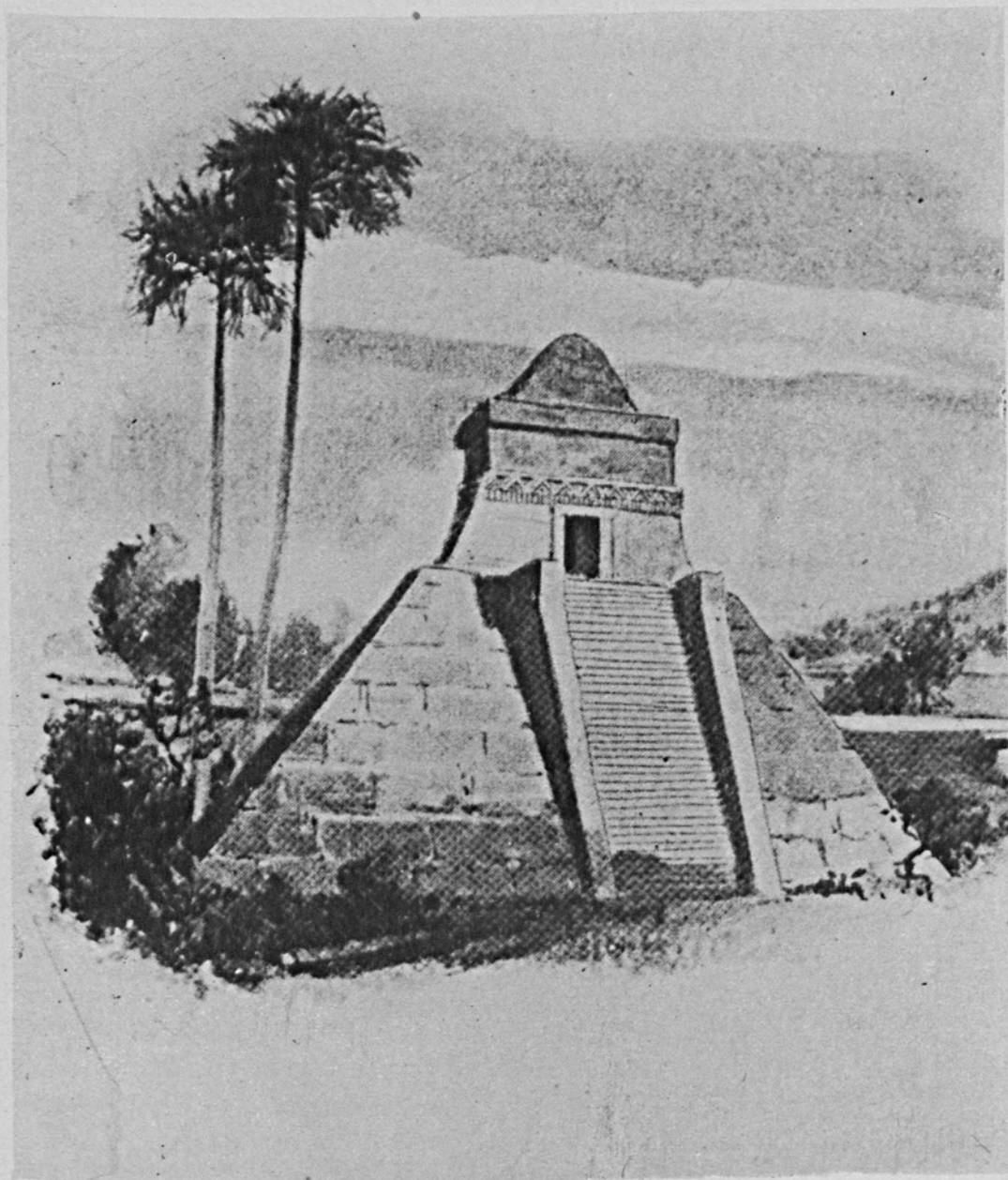


7. "Es rico y aflojará la mosca o se muere".





8. Nicolás. "Era un joven trigueño con tipo de indígena..."



9. Xochimancas. "Ciudad de jardines... hacienda de encomenderos...  
guarida de ladrones..."



rácter histórico de los principales personajes: Martín Sánchez Chagollán, Salomé Plasencia "el capataz más famoso de aquellos malvados". Del Zarco afirma reiteradamente que fué una figura histórica que cooperó con González Ortega en la persecución contra Márquez en su correría por tierra caliente. Sin embargo, nunca llega a dar su nombre. ¿No lo sabía? Claro que sí; Altamirano había sido maestro de instrucción primaria en Yautepec y Cuautla; también anduvo con las fuerzas liberales por el Estado de Morelos y es lógico que conociera a los bandidos.

Un crítico erudito o un historiador de este estilo nos llevarían para demostrar que *El Zarco* es novela histórica y, también para corroborar la verdad histórica, a encontrar mayores datos sobre este bandido, a confrontar su verdadera biografía y, hasta donde fuera posible, reconstruirla con lo aprovechado o utilizado por Altamirano.

Francisco Sosa el prologuista de *El Zarco* asegura que la verdad histórica está respetada, que los personajes son de carne y hueso, que la novela es un importante documento histórico:

Altamirano, con su prosa nítida hace fielmente la pintura, el retrato, diré mejor de los guerrilleros y bandidos de la época en que se desarrollan los sucesos por él narrados, fidelidad que convierte a *El Zarco* en un libro ameno e instructivo. Instructivo sí; porque si se descarta la fábula de los amores del plateado con la desventurada joven de Yautepec, un historiador puede utilizar como *documento* cuanto Altamirano refiere sobre las hazañas de los bandidos que infestaron durante unos años la región que hoy forma el Estado de Morelos.<sup>21</sup>

Los datos que proporciona Altamirano pueden confrontarse, ampliarse y conectarse. Los documentos de la época, los periódicos, "El Siglo XIX", "El Monitor Republicano", traen casi a diario noticias de los desmanes de los bandidos y de las incursiones de los conservadores Cobos, Zuloaga y Márquez:

Este cabecilla —dice "El Monitor" de 18 de marzo de 1862—, sobre cuya cabeza parece pesar la maldición de Caín que vive huyendo y en perpetua alarma, no ha podido permanecer en Cuernavaca y ha tomado el rumbo de Jonacatepec. Difícil es decir a dónde irá cuando el destino frustra todos sus esfuerzos.

Los documentos nos dicen el problema que para el Gobierno representaban *plateados* y conservadores y cómo en 1862 Juárez se vió

21 *Op. cit.* Prólogo, p. 13.

obligado a separar el actual Estado de Morelos “de la tutela del Estado de México al que pertenecía y dividir a éste en tres Distritos militares para obtener una mejor defensa tanto interna frente a los *plateados* y conservadores, como internacional frente a la invasión francesa”.<sup>22</sup>

En el “cuento semi-histórico” de Pablo Robles, *Los Plateados de Tierra Caliente. Episodio de la Guerra de Tres Años en el Estado de Morelos*, que contiene bastante material histórico, se encuentran muchos datos sobre estos bandidos que coinciden con los de Altamirano; Robles narra lo mal que le fué a González Ortega con los *plateados*:

En una persecución que el Sr. González Ortega, hizo a don Leonardo Márquez, atacaron los *plateados* y pusieron en desorden la vanguardia de González Ortega en el paraje llamado *Palo de los Fierros* entre Coyuca y Chietla, con el fin de apoderarse de armas y caballos.<sup>23</sup>

Señala los pueblos que eran sus madrigueras: Jantetelco, Yautepec y Atlihuayán; nos dice que estaban divididos en dos grupos mandados respectivamente por Silvestre Rojas y por Salomé Plasencia, “cuando se ofrecía, obraban de acuerdo para dar algún golpe o para defenderse”; tenían música de caballería y hasta dos piezas de artillería. Habla de cómo plagiaban, mataban y raptaban: “las jóvenes se escondían de la mejor manera y en lo más inaccesible de sus casas”. Cuenta vida y milagros de Martín Sánchez Chagollán, por qué lo apodaban “Chagollán”, de dónde era, y cómo organizó tenaz y audazmente la lucha contra los bandidos. De los *plateados* relata con pelos y señales su recargado modo de vestir; de Salomé Plasencia, da también su lugar de origen, por qué se lanzó al bandidaje y comenta su exagerado valor, su temeridad a toda prueba, su sangre fría; cualidades que Guillermo Prieto también reconoce en su romance que lleva por título: *Grande y tremebundo romance que empieza con mucho fuego y que parece milagro*.

Y en la obrita *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos ¡Ayer como ahora! ¡1860! ¡Plateados! ¡1911! ¡Zapatistas!*, de Lamberto Popoca Palacios, encontramos más y pormenorizados datos sobre los bandidos. El autor afirma de su obra que es:

22 Martha Villamar. *La Erección del Estado de Morelos*. Conferencia pronunciada en la Universidad de Morelos. Oct. 1953.

23 Tip. Literaria de Filomeno Mata. México, 1891, p. 123.



Historia completa y detallada de los *plateados* del Estado de Morelos, desde su origen en 1860, sus hechos heroicos y su nobleza de bandidos. Vida y hazañas del valiente jefe de ellos: Salomé Plasencia. Causas de que se exterminaran mutuamente. Obra interesante, de actualidad. Escrita con datos verídicos de un testigo ocular de muchos de aquellos episodios; superviviente de aquella época, quien conoció personalmente a todos los famosos jefes de los *plateados*, y que fue uno de sus perseguidores.<sup>24</sup>

De Salomé Plasencia dice que era originario de Yautepec, de buena familia y emparentado con la mejor sociedad, que por defender a un hermano se lanzó al bandidaje y traza su retrato:

Era de complexión robusta, alto, fornido, color blanco, güero y lampiño; vestía sencillamente. Tenía actos de nobleza; su carácter era generoso; era valiente hasta la temeridad; a veces obraba con justicia. En otro ambiente y rodeado de otros hombres, hubiera descollado entre los grandes generales que se batieron contra el Imperio de Maximiliano. Su vestir, su aspecto, su arrojo y valentía eran iguales a las del ministro Galeana.<sup>25</sup>

Plasencia, según Popoca Palacios, estuvo en la toma de Cuautla por las tropas liberales el 8 de junio de 1860, entró el primero, y se portó valientemente.

También asegura el autor que Plasencia fué de una valentía extraordinaria, única, caballeroso con las mujeres, y respetuoso con los plagiados, a los que jamás maltrataba ni vejaba, pero no pudo evitar que sus *plateados* lo hiciesen. Nos da pormenores de la actitud de estos bandidos como auxiliares en la guerra de Intervención, Altamirano llama a esta colaboración: error lamentable y vergonzoso.

Da asimismo los nombres de los bandidos compañeros de Salomé Plasencia; entre ellos figura un tal Fidemio "el Zarco":

Padre y maestro de dos de aquellos terribles *plateados* de 1860, Felipe "el Zarco" y Severo "el Zarco" siendo este último fusilado en la Alameda de Cuernavaca después de tantos asaltos, raptos y asesinatos que cometió. Felipe "el Zarco" era el dandy de los *plateados*, vestía decentemente, tenía trato caballeroso, se sabía captar las simpatías de las personas acomodadas, se relacionaba con personajes de alta alcurnia, y cuando no los llevaba a caer en manos de sus compañeros para plagiarnos, los ex-

<sup>24</sup> Tip. Guadalupana. Puebla, 1912.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, pp. 62 y 63.

plotaba con sus caballerosas industrias de hombre rico: empresario de minas, corte de maderas, etc.<sup>26</sup>

Los datos que Altamirano consigna se corroboran con los documentos, los periódicos y las dos obras mencionadas; pero su *imparcialidad*, tiene, como toda imparcialidad, su talón de Aquiles: la figura del bandido. Es evidente que se inspiró para trazar su personaje más que en estos "Zarcos", en Salomé Plasencia el más famoso de los *plateados*; aún hoy día la tradición popular de Yautepec cuenta que Plasencia tenía los ojos zarcos y que es el bandido descrito por Altamirano, quien le negó la valentía, la serenidad y la audacia que todos le reconocían.

Mariano Azuela y otros lanzan cargos a Altamirano por haber deformado, según ellos, en un afán moralizador absurdo, la figura legendaria del bandido, por no haber dejado que nos inspirara ninguna simpatía, por tratarlo con un rigor sin antecedentes en las letras mexicanas, que contaban con una larga tradición de figuras de bandidos, pues siempre han sido muy del gusto popular. Azuela lo acusa en su estudio *Cien años de Novela Mexicana* de malévolos, de mentiroso, de estar en la luna, de no entender al pueblo y llega a decir:

La obra basada en la mentira está destinada inevitablemente al fracaso. En ninguna actividad humana la mentira ha hecho más daño. La mentira política del ciudadano hace un pelele; la social un comediante; la religiosa un fariseo y la literaria convierte al hombre de letras en marioneta.<sup>27</sup>

Este juicio aplicado a Altamirano me parece injusto, descabellado, sin penetración crítica; pues lo valioso de *El Zarco* radica, para mí, aparte de su calidad literaria, en ese animador mensaje sobre el indio y el mestizo, que siempre habían sido dejados a un lado por el criollo, acreedor de una mayor consideración social y política; mensaje que da a indios y a mestizos conciencia de su propio valer; decirles que si el gran prestigio de la Independencia había recaído sobre los hombros de los criollos, ahora, el gran prestigio de la Intervención recaía sobre los hombros de los indios y de los mestizos, de los "mexicanos verdaderos".

Altamirano, maestro por vocación, ve claramente que lo primero que hay que hacer es enseñar al indio a que conozca su propio valer,

---

26 *Op. cit.*, p. 35.

27 Edic. Botas. 1947, p. 118.

lo demás vendrá por añadidura; tal parece que nos trazara una política indigenista, más eficaz, más humana, que la que con tanta publicidad se lleva al cabo en nuestros días.

\*

Carece de importancia que el Zarco sea Salomé Plasencia, Severo "el Zarco", o alguno de los otros *plateados*; el mérito de Altamirano es haber creado un tipo que responde a la realidad de otros semejantes de su tiempo; por lo mismo, no importan las "deformaciones" que sufre el *plateado*; tampoco importa que *su imparcialidad* se haya venido abajo; pues el genio poético de Altamirano hace que los hechos en los cuales pretendió apoyar su alegato, los interprete con su propio sentir y pensar como ocurre siempre en la obra literaria auténtica, de manera que al elevarlos a categoría artística los potencia, muestra su realidad verdadera y da así su personal, subjetiva —claro está— visión histórica. Así supera el "realismo" de su tiempo y podemos hoy descubrir en su obra una realidad tanto más profunda, humana y auténtica revelada por su imaginación creadora.

Su ensueño de crear una literatura eminentemente mexicana, y las conexiones que pueden establecerse de la actitud de Altamirano en la historia de nuestra literatura desembocan, me parece, en recientes expresiones como *El Aguila y la Serpiente*, de Martín Luis Guzmán, *El Resplandor*, de Mauricio Magdaleno y *Al Filo del Agua*, de Agustín Yáñez, cuya obra promete ser de este carácter y monumental.

Y ni para qué hablar de la pintura mural mexicana de nuestro tiempo, cuya esencia es un sentido histórico que renueva la historia.